

Luis ÁLVAREZ FALCÓN (coord.): *La sombra de lo invisible. Merleau-Ponty 1961-2011 (Siete lecciones)*, Madrid: Eutelequia (2011) 347 pp.

Lecciones sobre Merleau-Ponty: un Merleau-Ponty renacido

Karina P. Trilles Calvo

A estas alturas de la historia, nadie duda ya del capricho de Cronos que ora esconde lo pensado, ora lo expone a la luz hasta que ésta se torna cegadora y ocultadora. Los filósofos bien saben de esta extravagancia y escapa de sus manos el destino de las ideas que lanzan creyendo en su valía para la mejor comprensión de un ser humano y de su mundo tan extraños como cercanos. Algunos de estos pensadores obtienen un reconocimiento casi inmediato que curte su ego, pero su esplendor se difumina apenas se callan; otros pasan de puntillas por su época diluyéndose como la gota en el vaso lleno y ya nadie vuelve a saber de ellos; unos pocos son cual cometas que sólo unos privilegiados pueden admirar mientras pasa por su derredor y siguen su fértil estela hasta su desaparición. Siglos o decenios más tarde —¡cruel Cronos!— nos devuelve dicho astro fulgente estando preparados para su paso. Lo que fue una idea, un filósofo fugaz retorna para deslumbrar en un tiempo y en un espacio que no fueron suyos, pero que a partir de ese instante habita volviéndose esencial. Este es, sin duda, el caso de Merleau-Ponty cuya temprana muerte le privó de una merecida fama, de una bien articulada escuela de discípulos y de una obra rematada que, a buen seguro, nos hubiese acercado visiblemente a lo invisible.

A los más de cien años de su nacimiento es hoy el pensador siempre apelado y parece que sus propuestas se ajustan cual guante a nuestra contemporaneidad de la carne, del sentido, de la imagen, etc. El problema de dicha actualidad y actualización constante es que, si hace apenas dos décadas, era difícil hallar bibliografía secundaria sobre él, ahora nos topamos con una exasperante inflación —con perfil en Facebook incluido—, un recargo que conlleva el innegable peligro de que los buenos estudios queden escondidos bajo páginas y páginas reiterativas. En el caso del libro que nos ocupa debemos intentar que su riqueza no sea sepultada por una montaña papelera y darle voz mediante reseñas, presentaciones, etc., en un acto de justicia filosófica que cabe llevar a cabo.



En el 2008, con motivo del centenario del nacimiento de Merleau-Ponty, se celebró en la Universidad de Zaragoza un Coloquio Internacional que consiguió reunir a algunos de los más destacados estudiosos de su obra —eso sí, no estuvieron «todos los que son». Reminiscencia —que no acta ni copia— de aquel Congreso es este libro coral en el que cada pensador actual deja su impronta bajo la forma de «lección», bello término (ajado por sobado) que indica lo que cabe esperar: aprender. Y no es este un aprendizaje fácil de los de a), b), c) o de recuadros resaltados, sino un arduo camino (a veces, una prueba de paciencia) en el que uno ha de apostar lo que ya sabe para ora perderlo difuminado en lo que allí se expone, ora para ganar la partida al expandir los límites de su conocimiento. No es, pues, una obra de lectura fácil, quizás porque no pretende serlo al huir de clichés repetitivos o de un mal espíritu pedagógico que nos hace construir y rastrear power points. Aquellos que estén dispuestos al juego de la concentración, al disfrute del reto por la comprensión o al disgusto por la idea atragantada, no duden en traspasar la negra portada. Los que prefieran las lecturas livianas de autobús, los esquemas y el «piense Vd. mañana» no pierdan el tiempo en estas páginas que bien merecen el respeto de un lector-aprendiz ávido intelectualmente.

Tras un Prólogo que todo lo dice, nos topamos con una erudita y minuciosa Introducción del Prof. L. Álvarez Falcón —también coordinador de esta obra. Con el sigilo del maestro que enseña sin aparentarlo, pone en funcionamiento la ruleta de la historia de la filosofía (Aristóteles, Kant, Schelling, Hegel...) para señalar la herida aún sangrante de ésta: la cohabitación ser humano-mundo que, si bien en la actitud vital es aproblemática, deviene un jeroglífico sin solución definida tan pronto nos trasladamos al ámbito filosófico. Y es que a mayor certeza y claridad que se busque para elaborar un conocimiento firme y fiero ante ataques escépticos, mayor es el cisma entre el ser humano y *el* (ya no *su*) mundo. Unidos por nacimiento y requiriéndose mutuamente en la existencia se tornan en desconocidos e, incluso, en enemigos cuando el objetivo es el saber. Paradójicamente, el conocimiento del uno y del otro aboca en su aislamiento o a su aniquilación con lo que el saber anhelado se convierte en una quimera. Se hace necesario, pues, indagar los puentes que posibiliten transitar del «sujeto» a su mundo y viceversa. Éstos comienzan a construirse con/y en la «intuición» de Husserl, mas es con Merleau-Ponty que dichas pasarelas logran cierta firmeza mediante una percepción doblada como cinta de Moebius o un quiasma irreversible revelado en y por la mirada fenomenológica.



La Primera Lección corre a cargo de Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina (Catedrático emérito de la Universidad de Valladolid) que la titula ilustrativamente «Merleau-Ponty desde el materialismo fenomenológico». En la misma sigue la estela de la no-filosofía merleau-pontyana que hace patente lo impensado de Husserl con tal agudeza que adivina las ideas que éste expuso en cursos de 1905, 1907 y 1908 de los que no tuvo noticia. Merleau-Ponty se sumerge en la fenomenología como no-filosofía y se topa, tras la *epoché*, con el fenómeno-fenómeno o materia, con el *hay* radical o lo invisible. Éste se transforma, en una «segunda inversión» —en palabras de Sánchez Ortiz de Urbina—, en la capa estable que antaño era dominio del ser, pasando éste a transformarse en una visibilidad cambiante. Y ese *hay* que es pilar de una novedosa no-filosofía es la «materia fenomenológica» que este fino estudioso se encarga de esclarecer sacando a colación fuentes primarias que enriquecen, sin duda, el conocimiento previo del lector. Un último consejo: no se pierdan el esquema de la p. 203 rotulado «Arquitectónica Merleau-Ponty», pues no tiene precio como guía en la maraña de un pensamiento que se supera a cada página escrita y en cada silencio entrelineado.

La Segunda Lección supone el retorno del Prof. L. Álvarez Falcón con «*Phantasia* y experiencia estética. Los límites de la vida subjetiva», texto valiente por lo espinoso de un tema irresuelto en filosofía y que tan bien planteó Natorp en 1887. Si bien en el conocer se ponen en juego el sujeto cognoscente y el objeto conocido, se hace necesario buscar vías para que éste último brille con luz propia, caminos novedosos que conllevan la mengua o la aniquilación de la subjetividad sapiente. Una de esas sendas va a ser la experiencia estética en la que la conciencia constituyente —base prejuiciosa de la fenomenología husserliana— así como el andamiaje conceptual que la acompañan se desmoronan para dejar paso a un pre-mundo del que todo surge y al que todo vuelve. Es la placenta vital salvaje que acoge al ámbito de la *Phantasia*, cuyas manifestaciones no responden a las clásicas normas lógicas que garantizan la continuidad, la plena «racionalidad», etc., sino que se adhieren a lo propio de *lo que aparece* y tal *como aparece*: la fugacidad, la discontinuidad... Pero, este *aparente* caos —manía «caotista» de nuestra cultura de reloj— no conlleva la disolución de los lazos interpersonales, sino un refuerzo de los mismos al posibilitar ponernos en contacto con esa naturaleza bruta a la que todos pertenecemos por el simple hecho de nacer. En el arte, el objeto o *hay* emerge en su propiedad y el antaño sujeto de contornos definidos se torna en una corporalidad viviente fundida con el mag-



ma salvaje y que, sin embargo, no renuncia a una particularidad que hace patente en cada «parpadeo fenoménico» (p.130).

La Tercera Lección es ofrecida por la Profa. M.^a Carmen López Sáenz (UNED), veterana en estas lides ya que, cuando en la década de los noventa y en España, alguien intentaba realizar alguna Tesis Doctoral o simplemente pretendía aproximarse a la obra de Merleau-Ponty, sus artículos eran de los pocos que se podían encontrar en una bibliografía secundaria tan virgen como yerma. Desde hace unos años ha venido analizando el curso *L'institution dans l'histoire personnelle et publique. Le problème de la passivité, le sommeil, l'inconscient, la mémoire*, curso que Merleau-Ponty impartió en el Collège de France en 1954-55. Fruto de sus investigaciones acerca del mismo es su Lección titulada «La sombra de la pasividad. Cuando la conciencia duerme» que, desde luego, requiere de un lector bien despierto por dos motivos: en primer lugar, por la dificultad inherente al tema tratado y, por otra parte, por la particularidad del texto base, las notas de un curso merleau-pontyano que no dejan de ser eso, anotaciones de un profesor que sólo le sirven de apoyo para impartir una lección ampliada, amoldada a sus alumnos y moteada de matices que se han perdido. Estos vacíos parecen los más interesantes —¿cierto *horror vacui*?— y el estudioso ha de reconstruir (casi adivinar) lo que se supone que Merleau-Ponty dijo. Con estas advertencias, adéntrese el lector en las páginas de la Dra. López Sáenz. Merleau-Ponty siempre tuvo como compañeros (transtemporales) de viaje a Descartes y a Husserl. Con el primero litigó para dinamitar el *cogito*-fortaleza que sobrevivía a la duda a costa de renunciar a la existencia del mundo. Con el segundo trasegó a propósito de la reducción, del cuerpo y de otras tantas cuestiones que Husserl trató en cursos de los que Merleau-Ponty jamás tuvo noticias. Ya en el famoso Prólogo de *Phénoménologie de la perception* deja asentada una de sus ideas que mantendrá firmemente en toda su obra, la cual, en cierto modo, está prefigurada por aquella: la imposibilidad de una reducción completa ya que ésta supone la inmersión del sujeto somático en el ámbito de lo previo o salvaje y no su separación/desconexión. Lo manifiesto conlleva, pues, una puesta en juego de lo latente o, si se prefiere, la actividad del aparecer es la otra cara de la moneda de una pasividad operante. En ningún momento se produce el vacío de una subjetividad carnal *sauvage*. Ello se hace patente en una esfera que tradicionalmente se ha considerado el lugar de la no-conciencia: la del sueño. En éste, el sujeto corporal no desaparece ni enflaquece, sino que se revela como el ser activo del estar-despierto, una vigilia que —en una circularidad muy merleau-pontyana— ofrece las



claves de comprensión de la pasividad onírica. No cabe, pues, ruptura entre ambas tierras, sino una hermandad originaria que facilita el entendimiento de un ser humano radicalmente complejo. Por último, un consejo: no se pierdan el fino análisis de la imbricación sueño (*sommeil*)-los sueños (*rêves*) que, a buen seguro, corregirá nuestra errónea tendencia a confundirlos.

La Cuarta Lección es obra de la profesora parisina Maryvonne Saison que la titula «Merleau-Ponty y el hecho artístico». Ya antes de empezar llama la atención que es considerada en el bloque de esta obra coral como un «Interludio», como ese intermedio entre dos composiciones en el que se rompe la tónica de una Primera Parte y no se comparte la de la Segunda, pero que resulta imprescindible para que ambas se den. Si se prefiere, es como esos cinco minutos finales de asueto que el docente regala a sus alumnos antes de que comience la siguiente clase y que sirven de descontaminación y de toma de impulso para continuar la jornada. El texto de esta destacada esteta cumple perfectamente con su función acercándonos al bello a la par que difícil campo del arte, para lo cual parte de las *Conversaciones* que Merleau-Ponty radió en 1948. Éstas, además de permitirnos escuchar la voz del filósofo —con lo que ello supone a la hora de captar el entusiasmo, el sarcasmo, etc.—, rellenan los huecos de los cursos y de los interlineados de lo impreso, algo que no tiene precio en un pensador que calló más que dijo. En concreto, esta profesora emérita se centra en la sexta conversación o «El arte y el mundo percibido», cuyo eje es aquello que Braque señaló como la constitución de un «hecho pictórico». La inquietud que aquí manifiesta Merleau-Ponty lo sitúa a la vanguardia de las reflexiones de la historia del arte y de la estética ya que desecha la idea de que el cuadro es un allende concluso que representa algo y lo convierte en un espacio con valencia propia en el que el-que-lo-mira se adentra y lo habita. En este co-no(a)cer (muy claudeliano) experimenta la modificación enriquecedora de su mundo previo a este contacto íntimo. El fenómeno artístico se revela, pues, fundamental en una filosofía que no acepta los roles estancos o las posiciones ontognoseológicas fijas. En la pintura (de Cézanne, de Klee...) el vidente mira a la par que es mirado por la tela en una reversibilidad que al rular genera sentido. Ahora bien, ¿sirve este modelo para explicar todo aquello que conforma una cultura? La Profa. Saison intenta ofrecer elementos que permitan responder a una cuestión sumamente peliaguda.

Tras este agradable (y necesario) Interludio (buen respiro) comienza una Segunda Parte con la Quinta Lección impartida por Josep Maria Bech, Profesor



de la Universitat de Barcelona que desde su salida a la palestra nacional en 2005 con *Merleau-Ponty. Una aproximación a su pensamiento* se ha convertido en un referente imprescindible para los estudiosos del fenomenólogo galo. Asistimos con él a un cambio de tercio al toparnos con unas páginas dedicadas a «El weberianismo de Merleau-Ponty» que no dejan de llamar la atención por establecerse en ellas una relación poco habitual entre dos pensadores que, si bien no compartieron intereses, se enfrentaron a los mismos dilemas de una filosofía en constante tensión. Nuestra disciplina comenzó a torsionarse cuando abandonó los parajes tranquilos proporcionados por el idealismo y el realismo, momento en el que se asomó una tierra fangosa en la que Merleau-Ponty gustaba pasear tanto como en su día lo hizo Weber. Relativamente fácil hubiese sido para Bech centrarse en rastrear las marcas weberianas en *Les Aventures de la Dialectique*, pero ha preferido elaborar un peculiar mosaico con las teselas de los fragmentos merleau-pontyanos que ha creído oportunos. El autor reconoce que su estudio es una re-construcción porque ha buscado lo que deseaba para que Merleau-Ponty le hablase de sus múltiples enfrentamientos —ni físicos ni careos— con Weber. Bech recorre los escritos merleau-pontyanos fijándose en la evolución *entre* ellos y *en* ellos para extraer aquellos baldosines que le muestren al Merleau-Ponty lejano a Weber así como al más cercano. Para Bech resulta indudable que ese humanista alemán jamás hubiese admitido la reversibilidad, el quiasma, etc., al abogar por una separación de esferas que, en conjunto, conforman la cultura. Además, su denuncia de la pérdida de la distancia entre el científico y su objeto se hubiese encontrado con el ataque frontal merleau-pontyano a la *pensée de survol*, el cual la consideraba fuente de no pocos de los problemas de la modernidad. Finalmente, la consideración que éste hace de la corporalidad como destiladora de sentido y expresividad sólo hubiese despertado la animadversión del germano. Parecen, pues, el agua y el aceite de ahí que —como ya adelantamos— resulta curioso que Bech intente re-componer el pensamiento de Merleau-Ponty sin perder de vista a Weber y, si hay algo que hemos aprendido los que hemos leído otros análisis bechianos, es que este profesor nada hace en balde. Así pues, ¿qué hay de weberiano en Merleau-Ponty? En la p.217 establece las cinco convergencias que irá desgranando a lo largo de su capítulo, puntos en común que son: la creación humana de un sentido superpuesto a un estado primigenio bruto; la concepción de la cultura como un «hecho» universal que elimina cualquier rastro de Calibán; la defensa de unas categorías abstractas como instrumentos cognitivos para acercarse a lo empírico sin coaccionarlo y que, en última instancia, suponen un compromiso con un pensamiento de la no-diferencia; la creencia



en un horizonte de invisibilidad que constituye el allende presupuesto por toda experiencia necesariamente incompleta; y, finalmente, la concepción de la filosofía como interrogación constante que impide alcanzar un trono estable desde el que emitir enunciados positivos y rotundos. Como puede apreciarse, la tarea de Bech es ardua, pero quien esto escribe avala que la culmina y que, tras la lectura de sus páginas, uno queda convencido de la presencia weberiana en el quehacer merleau-pontyano. Objetivo conseguido.

Sin apenas respiro comienza la Sexta Lección «Mundo perceptivo y mundo cultural. Merleau-Ponty y la filosofía de la cultura» que corre a cargo del Prof. Mario Teodoro Ramírez (Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo). Gracias a la misma, a buen seguro obtendrá un mayor reconocimiento en la vieja patria que, en ocasiones, tiende a dejarse obnubilar por los escritos ingleses, franceses y alemanes cual si participasen del velo de Isis. Este estudioso se centra en defender que Merleau-Ponty construye un concepto radicalmente fenomenológico de «cultura» de manera que ésta no es un mundo allende *lo que hay*, sino que es un aparecer, con lo que retorna al suelo perceptivo siempre ahí que se actualiza constantemente gracias a un soma actuante.

La última Lección es presentada por el Catedrático de la Universidad de Sevilla César Moreno, el cual, más allá de las categorías académicas, ha conseguido ser un humanista. Esta palabra, tan injustamente denostada, condensa el antidoto para este tiempo de especialización inflacionaria que ha convertido el saber en un pan desmigajado e insulso. En todos sus estudios —y este no es una excepción— se aprecia su peculiar estilo en el que deja hablar a poetas, pintores... sin desdeñar siquiera los reality shows —como leemos en *Tráfico de almas*. En este caso, el profesor Moreno afila su pluma para ocuparse de «Fe perceptiva y armonía de lo sensible», asunto fragoso pues nos conduce hasta el magma basal siempre supuesto que se zafa al intentar ser aprehendido conceptualmente. Ese aparecer como tal aparecer requiere de una filosofía que *deje hablar a lo ya-abí* para lo cual ha de desistir de usar conceptos claros y distintos y atreverse con estructuras topológicas reversibles, retorcidas y quiasmáticas que impiden cualquier posición firme y certera. Ha de abandonar el Tratado capitulado y dogmático para abrirse a otras formas de manifestación como puede ser la pintura que capta la realidad que no está frente a nosotros, sino que es la hermana cómplice que anula cualquier intento de «objetividad» o de *pensée de survol*. Por si no fuera suficientemente difícil aceptar el guante arrojado por el último Merleau-Ponty, César



Moreno no duda en recurrir al Heidegger que se ocupó del florecer de la rosa de Angelus Silesius para reafirmar la necesidad de una fenomenología que dé cuenta del abrazo fusionado —al modo de la «Pietà Rondanini» de Miguel Ángel— entre el ser humano-mundo y el ser mundano-humano.

Como todo buen Curso que se precie, éste ha de darse por concluido con un broche de oro que, en este caso y tras el rótulo de «Apéndice», es realizado por Marc Richir, considerado el refundador de una fenomenología que apellida «arquitectónica». Éste se ocupa de «Maurice Merleau-Ponty: «dentro» y «fuera», «carne del cuerpo» y «carne del mundo»», estudio en el que incide en temas tratados en las lecciones precedentes apoyándose en las sabrosas notas de trabajo proporcionadas por Lefort. Richir se centra en la invaginación mundo-cuerpo cuya bisagra es la «carne» o *Leiblichkeit* del *Leib*. Esta noción —de importancia capital en la (endo)ontología merleau-pontyana— aúna la intimidad primigenia de la vivencia singular de *mi* cuerpo sintiente (lo invisible) con las quinesias desarrolladas en un espacio intersubjetivo gracias a las cuales es factible saber de *mi Leib*. Ver(se), tocar(se)... propios de la reflexión carnal sólo son posibles cuando la corporalidad deja de ser simplemente mía y se torna en un *ir-hacia*, en un *yo-puedo* en el mundo-de-todos. Éste no es el receptáculo de un cuerpo-objeto, sino la placenta vital de un *soma* al que siempre permanece unido por un cordón umbilical que únicamente el hieratismo de determinadas filosofías y de patologías concretas relega a un segundo plano. Dentro-fuera no son categorías excluyentes para un pensamiento que huye de las fijaciones porque considera que es el único modo de dar cuenta de la existencia de un ser humano que no es nada sin *lo* otro y sin *el* otro.

Quien esto lea puede pensar que esta es una reseña excesivamente laudatoria, pero quien la escribe nada gana ni pierde por las palabras vertidas. Los comentarios realizados se deben a la creencia de que este libro no merece ser uno de tantos que se pierde entre los anaqueles de una biblioteca y que algún despistado revisa de vez en cuando, sino que es una de las mejores obras corales castellanas sobre Merleau-Ponty que ha aparecido en el último lustro. Como tal merece ser tratada. Ahora bien, como tenemos la insana costumbre de considerar que la imparcialidad requiere señalar los puntos negativos, podemos apuntar que hubiese sido de agradecer la puesta en juego de las notas inéditas que E. de Saint-Aubert va publicando a cuentagotas en sus tres libros ya aparecidos —5 prometidos en total. Éstas nos presentan a un Merleau-Ponty diferente, aún más





poliédrico que el de *Le visible et l'invisible* o *L'Œil et l'Esprit* y que, sin duda, merece otras siete lecciones (y 14, 21...). También hubiese sido una excelente idea insistir en la actualidad de su filosofía haciendo hincapié, por ejemplo, en su relación con los giros icónico de Boehm y pictorial de Mitchell así como en los Estudios Visuales o en la *Bildwissenschaft* cuya importancia en el paradigma científico actual está fuera de toda duda. Finalmente, junto con los estudiosos reconocidos seleccionados, deberían haberse oído voces más jóvenes que están aportando visiones novedosas sobre el pensador galo al poner en relación sus ideas con fenómenos recientes o no corrientes (el poder de la imagen, la religión taoísta...). En todo caso, ojalá que quienes participaron en aquel proyecto que aquí reseñamos sean el foco seminal de un foro español de reflexión sobre la no-filosofía merleau-pontyana que fue capaz de anticipar respuestas a preguntas acabadas de formular y, a buen seguro, a cuestiones que todavía esperan en el cajón de los tiempos. Dicho queda.



